

## Notas sobre el Espíritu Santo

Luis Fernando Venegas  
[luis.venegasw@gmail.com](mailto:luis.venegasw@gmail.com)

### *Introducción*

Hablar del Espíritu Santo no es tarea fácil. Emil Brunner decía que el Espíritu es “el espantapájaros de la teología”<sup>1</sup>. Karl Barth se preguntaba si era posible hablar del ES y respondía que no era posible pues “si bien tenemos muchas palabras para hablar de muchas posibilidades, sin embargo no disponemos ni de una sola palabra para esta posibilidad”<sup>2</sup>. Y Lutero afirma: “no es doctrina [el Espíritu] sino vida, no es palabra sino el ser, no es signo sino la plenitud misma”<sup>3</sup>. Las mejores mentes cristianas se topan con el Espíritu Santo y no hay seguridad de que sus conclusiones sean correctas. Así que andemos con doble precaución al hablar de un tema que ha levantado polémica por más de dos mil años y que hoy mismo sigue siendo causa de encendidas discusiones entre grupos con diferentes perspectivas.

Quizá la primera pregunta a responder sea ¿qué es el Espíritu Santo? Desde acá topamos con las dificultades propias de una definición hecha con razonamientos (y letras) humanas. Aunque la teología entera es un intento de entender con razón y fe eso que es superior a lo humano, que lo envuelve y que lo alienta, cuando se trata de definir qué es el Espíritu, los problemas se hacen más difíciles. He aquí una paradoja: uno de los supuestos de cualquier estudio formal es aislar al objeto de estudio, hacerse objetivo, distante, de lo contrario se corre el riesgo de sesgar la investigación, de atribuir a lo estudiado

---

<sup>1</sup> Brunner, *El malentendido de la Iglesia...*

<sup>2</sup> Karl Barth, *Carta a los Romanos*, p. 337.

características y dinámicas que uno *cree* pero que no puede *demostrar* con datos “duros”. Eso pasa justamente con el cristiano que reflexiona sobre las realidades espirituales que le atañen, que le dan aliento y sentido de vida. Si le pedimos a un enamorado que defina a su amada, quizá pensemos que él está hablando de la belleza y el amor hecho persona. Lo mismo pasa con un cristiano: su fe lo mueve, su fe le inspira, su fe le atrapa. Pero, ¿se puede reflexionar sobre temas espirituales, cristianos, sin fe? Quizá se cumpliera el requisito de objetividad que pide la ciencia moderna pero, ¿no se estaría traicionando la fe? El cristiano podría decir: “que el Espíritu Santo me guíe”, el escéptico: “el Espíritu te sesgó, siempre va a hablar bien de sí mismo”. No es pues una tarea sencilla. Pero aceptemos el reto y vayamos adelante con esta reflexión. Dejemos que fe y razón sigan su pelea y nosotros enfoquemos nuestros cuidados a tratar de ser precisos y de pedir al ES que nos guíe... en nuestro camino para entenderlo mejor. Citemos otra vez a Barth:

Estamos en un aprieto supremo frente al espíritu; y no *hay* una salida clara de este apuro. Procuremos que nuestro hablar se dé a su tiempo y nuestro callar también en su momento; pero comprendamos al mismo tiempo que, si acertamos, *no somos nosotros* los que hemos atinado (¡no nosotros como oradores o silentes religiosos!), sino el espíritu mismo ha hablado o callado entonces.<sup>4</sup>

## PRIMERA PARTE

### *Aproximaciones históricas*

Definición de catecismo: el Espíritu Santo es la tercera persona de la trinidad. En el credo de Nicea-Constantinopla se lee: “Creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida, que

---

<sup>3</sup> *Ibid*, p. 340.

<sup>4</sup> Barth, *op. cit.* p. 337.

procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas”.

La parte que dice “procede del Padre y del Hijo” (el “filioque”) habría de provocar el primer cisma cristiano de la historia, cuando en 1054, desde Constantinopla se condene a Roma por incluir esa frase en el Credo. Y es que, influidos por San Agustín, los cristianos occidentales concluyeron que el Espíritu era la esencia que unía al Padre y al Hijo. Mientras la iglesia griega veía a cada uno de ellos de la misma sustancia pero con distintas personas, los latinos hicieron proceder al Espíritu de la unión íntima del Padre con el Hijo. Esta parte dogmática más una profunda crisis del imperio bizantino que supieron aprovechar muy bien los papas, provocaron la primera gran ruptura entre cristianos. Casi mil años dura ya esa separación que tomó de pretexto la definición del Espíritu.

Ya se ve pues que no estamos frente a un tema sencillo. Podemos auxiliarnos de la filología para empezar a entender un poco esta “tercera persona” de la Trinidad. Pues bien, esto tampoco aclara en mucho las dudas: en hebreo se usa la palabra “*Ruaj*”, femenino para hablar de ese soplo, de ese poder que está en medio del caos inicial y que empieza a dar orden al mundo. En griego tenemos el término “*Pneuma*”, neutral, que tiene que ver también con aire. Así, en Juan 3.8, Jesús habla del “*Pneuma*” (Espíritu) que no sabemos de dónde viene y a dónde va y que es igual al “*pneuma*” (viento). Aunque eso sí, Pablo siempre contrapone el “*Pneuma*” a la “*soma*” (carne). Más aún, en el mismo evangelio de Juan se habla del “*Paraclete*” o auxiliador, la promesa de Jesús a sus discípulos en ese célebre capítulo 14. *Pneuma* pasó a ser “*Spiritus*”, masculino, en latín y de ahí “espíritu” al español.

Desde los primeros siglos del cristianismo grandes pensadores han reflexionado sobre el Espíritu Santo. Así, el gran teólogo Orígenes terminó concluyendo que el Espíritu es la primera cosa creada y que es posterior al Hijo. Dice:

Si es verdad que mediante el Verbo “fueron hechas todas las cosas” (cf. Jn 1, 3), ¿hay que decir que el Espíritu Santo también vino a ser mediante el Verbo? Supongo que si uno se apoya en el texto “mediante él fueron hechas todas las cosas” y afirma que el Espíritu es una realidad derivada, se verá forzado a admitir que el Espíritu Santo vino a ser a través del Verbo, siendo el Verbo anterior al Espíritu. Por el contrario, si uno se niega a admitir que el Espíritu Santo haya venido a ser a través de Cristo, se sigue que habrá de decir que el Espíritu es inengendrado... En cuanto a nosotros, estamos persuadidos de que hay realmente tres personas (*hypostaseis*), Padre, Hijo y Espíritu Santo; y creemos que sólo el Padre es inengendrado; y proponemos como proposición más verdadera y piadosa que todas las cosas vinieron a existir a través del Verbo, y que de todas ellas el Espíritu Santo es la de dignidad máxima, siendo la primera de todas las cosas que han recibido existencia de Dios a través de Jesucristo. Y tal vez es ésta la razón por la que el Espíritu Santo no recibe la apelación de Hijo de Dios: sólo el Hijo unigénito es hijo por naturaleza y origen, mientras que el Espíritu seguramente depende de él, recibiendo de su persona no sólo el ser sino la sabiduría, la racionalidad, la justicia y todas las otras propiedades que hemos de suponer que posee al participar en las funciones del Hijo [...]<sup>5</sup>

Es interesante notar que algunas de las enseñanzas de Orígenes fueron condenadas en el quinto Concilio Ecuménico, sin embargo, la visión del Espíritu siguió viva en la parte oriental del Imperio. El razonamiento de Orígenes, influido por la cultura griega, está inmerso en el tema de la Trinidad. Y es que, la Trinidad como tal no está desarrollada en el Nuevo Testamento aunque es cierto que las acciones de Padre, Hijo y Espíritu Santo están

presentes en varios textos neotestamentarios. La Iglesia de los primeros siglos tuvo que enfrentarse ante el dilema que seguirá presente en siglos posteriores: ¿cuál es la naturaleza de Dios? ¿Creemos en uno o en tres?

La respuesta de Orígenes podría llevar a una conclusión muy peligrosa: un Dios dividido y por lo tanto los cristianos estaríamos creyendo en tres dioses. El peligro fue percibido por San Agustín quien en el siglo IV concluyó que la Trinidad es un despliegue de la divinidad. Agustín construye categorías filosóficas para decir que el Hijo es “engendrado” (nacido) en la mente del Padre, por eso es el “logos” divino. A su vez, el Espíritu procede de una relación de amor entre el Padre (el que ama) y el Hijo (el amado): de ahí el *filioque*, el Espíritu es esa relación íntima, de amor, entre Dios y su Verbo. De ahí se debe concluir que toda acción de Dios es también o al mismo tiempo, la acción de la Trinidad. La naturaleza divina, concluye San Agustín, está constituida por relaciones y cuando actúa, no actúa una de las personas sino las tres. Entonces, el credo termina diciendo que el Espíritu procede del Padre y del Hijo.<sup>6</sup>

La visión de San Agustín prevalecerá incluso en la teología protestante del siglo XX y será la característica principal de lo que podemos llamar cristianismo histórico de occidente. Más adelante, cuando veamos las diferentes concepciones que grupos modernos tienen del Espíritu veremos porqué es importante diferenciar del cristianismo histórico de las nuevas concepciones cristianas, no sólo protestantes (evangélicos) sino también católicas. Los ortodoxos (griegos y rusos), firmemente anclados en las resoluciones de los primeros siete concilios ecuménicos, poco han variado en su visión teológica del Espíritu.

---

<sup>5</sup> Orígenes, *Comentario a Juan* libro II, 10

<sup>6</sup> San Agustín, *De Trinitate*, en especial el libro XV, donde sintetiza su explicación. Ver la explicación de Küng en *El Cristianismo*, pp. 309 y ss. Esta explicación también es llamada “psicológica” pues se mete, por así decirlo, en la mente de la divinidad.

Para ellos, el Espíritu se revela en la reunión conciliar de la Iglesia. La máxima expresión del Espíritu Santo ocurre ahí donde los cristianos en reunión “universal”, en oración y en verdadera *koinonía* apelan a este regalo divino. Para los ortodoxos no hay pues plenitud espiritual posterior, superior o equivalente a aquella que ocurrió en los siete primeros concilios ecuménicos.

### *Lo que enseña el Nuevo Testamento*

Ya vimos que en Juan 3.8, Jesús compara al Espíritu con el viento que sopla. Lo que más caracteriza pues al Espíritu es la acción. Por eso podríamos decir que el Espíritu se mueve, está presente en cada texto neotestamentario, tanto en los más antiguos como en los más recientes, en las cartas como en los evangelios, en la crónica de los Hechos como en el Apocalipsis. El Espíritu es dador de vida, auxiliador, signo de la nueva vida (como en Juan y en Pablo), pero también es poder y destrucción (como en Hechos 5.1-11; 8.9-25 o todo el Apocalipsis); al Espíritu se le puede llegar a entristecer (rasgo antropomórfico en Efesios 4.30) e incluso ofender (Mateo 12.31). María, virgen, es encinta por el Espíritu Santo (Mateo 1.28, Lucas 1.35) y al fin, Jesús ordena que sus discípulos sean bautizados en el “nombre del Padre, del Hijo y del *Espíritu Santo*” (Mateo 28.19). Si hay que dar una definición corta, diría que el Espíritu Santo es poder de Dios en acción. Ese poder no es un ente amorfo, una esencia, sino Dios mismo en persona actuando y ayudando a los creyentes y a su Iglesia. Es el mismo Espíritu del Señor Jesús que se mueve en su iglesia y en sus seguidores cuando Él, Jesús, asciende en esos memorables versículos iniciales de Hechos. Uno podría sustituir “fuerza y poder de Dios” ahí donde el Nuevo Testamento dice “Espíritu Santo” o “Espíritu del Señor” y los sentidos de los versículos no cambiarían.

Precisamente, en Hechos 1.8 se lee: “pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Versión Reina Valera 95). La Biblia de Jerusalén traduce: “vosotros recibiréis una fuerza, cuando venga el Espíritu Santo”. Esta fuerza, esta “tercera persona” de la Trinidad es entregada a los creyentes en el bautismo y produce todo lo recto, lo justo, lo santo en la vida de los cristianos. No podría ser de otra forma pues Pablo enseña que Jesús fue constituido Hijo de Dios según el Espíritu santificador (Rom. 1.4). Por medio del Espíritu podemos ser parte del nuevo pueblo: “El verdadero judío lo es interiormente, y el estar circuncidado es cosa del corazón no depende de reglas escritas, sino del Espíritu (Rom. 2.29)”. El Espíritu nos ayuda en nuestras debilidades e incluso lleva nuestras oraciones “porque no sabemos orar” (Rom. 8.26). Pero Pablo va más allá y contrapone la naturaleza vieja, el *soma*, con la nueva vida, que se caracteriza por el Espíritu de Dios. En una sorprendente declaración, Pablo escribe: “¿Acaso no saben ustedes que son templo de Dios, y que el Espíritu de Dios vive en ustedes? (1Cor. 3.16)”. El verdadero creyente es habitación del Espíritu Santo. La implicación más dramática de este versículo es que la profecía de Joel y de Jeremías de que “Dios grabaría en el corazón sus mandamientos”, se ha cumplido y se cumple en cada creyente, sin importar su pasado religioso. Ya vemos porque Pablo se convirtió en un traidor para muchos cristianos provenientes del judaísmo.

El Espíritu vive en nosotros y nosotros vivimos en el Espíritu. Cuando una persona se vuelve cristiana, sus cambios se hacen evidentes para la mayoría de quienes lo conocen. Por eso se puede hablar de una “nueva persona”. El bautismo es el “funeral” de esa persona que se regía por su ego y es al mismo tiempo la “boda” del creyente con Cristo. El lazo que los unirá es el Espíritu Santo. Y el Espíritu podrá ser también quien guía. La persona que se deja guiar por ese “don” de Dios desarrollará ciertos frutos. El Nuevo Testamento enumera

estos: “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio. (Gál. 5.22-23)”. En otras palabras, el Espíritu es el motor de las acciones y sentimientos de la nueva persona, de aquella que nació en Cristo. Es Él, que no es otra cosa que Dios mismo, el dador, es decir, el que reparte “carismas” (regalo en griego). Todos los creyentes tenemos carismas porque todos tenemos al Espíritu Santo.

El Espíritu Santo también produce otra marca: la libertad. Uno de los versículos que resume lo que hasta acá hemos dicho es 2Cor. 3:17: “Porque el Señor es el Espíritu y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”. Pero aquí hay que tener cuidado. La libertad de la que habla Pablo no es un estado donde el ser humano puede ser lo que se le antoje. Al contrario: “Y en Cristo tenemos libertad para acercarnos a Dios, con la confianza que nos da nuestra fe en él (Efes. 3:12)”. Libertad para ser siervos de Dios. ¡Vaya contradicción! Pero es que por una parte no somos robots, autómatas de Dios, de lo contrario, no hubiese ocurrido jamás la expulsión del Paraíso; pero por la otra hemos comprendido que la libertad humana nos ha hecho en realidad esclavos del pecado. Libres para amar a Dios, libres para acercarnos e intentar cada día hacer su voluntad: esa es una de las hermosísimas misiones del Espíritu. Eso que otros consideran esclavitud, alienación, para los cristianos es verdadera libertad: podemos tener una relación con Dios y eso nos libera. Quien produce todo esto es el Espíritu. Sí, el cristiano no pierde su voluntad, la alinea con su Señor cuando se llena del Espíritu Santo.<sup>7</sup>

Llenarse del Espíritu no consiste entonces en un acto místico, donde una supuesta fuerza llena los cuerpos y las mentes de los creyentes haciéndoles perder su voluntad. Al contrario, llenarse del Espíritu no es más que decir sí a Dios. Este sí es cotidiano, no sólo

una vez. Podríamos usar una metáfora urbana para explicar más esto: el cristiano es el piloto al mando del auto de su vida y el Espíritu es el copiloto. Ese cristiano va a escuchar los consejos del Espíritu porque recibió ese regalo el día de su conversión. Pero ese cristiano, digámoslo una vez más, no pierde su voluntad, puede decidir no escucharlo.

¿Puede hacerlo? La respuesta es afirmativa, pero un verdadero cristiano seguramente consideraría un suicidio espiritual tomar partido por este no. No seguir al Espíritu equivaldría a decirle no a su Señor y a Dios mismo. Equivaldría a negar su fe. Pero tampoco va a exigir más de lo que se le promete. No hay un solo pasaje neotestamentario que nos haga pensar que en esa época apostólica había cristianos especiales y cristianos de segunda, siendo los primeros aquellos que hubiesen tenido una suerte de éxtasis espiritual y los segundos sólo un bautismo “de agua”. Por el contrario, el Nuevo Testamento habla de agua y de Espíritu como unidad. Así cobra mayor sentido el discurso de Jesús a Nicodemo. Si Apolo es rebautizado no es porque necesitara el bautismo de Espíritu sino porque en realidad no había sido bautizado en Cristo, había recibido sólo el bautismo de Juan (Hechos 8.25).

Si todos los cristianos hemos nacido de nuevo (en agua y Espíritu), entonces también todos tenemos dones, es decir, carismas. En ese sentido, toda verdadera iglesia cristiana es verdaderamente carismática. No es que el texto en 1 Corintios 12 enumere los carismas específicos de toda iglesia, Pablo ahí está dando un ejemplo de la multiplicidad de regalos que una comunidad puede y debe tener pero resalta la fuente común: el Espíritu. Esto se hace evidente cuando en medio de la discusión sobre los dones llega el capítulo 13 de esa carta. Si el amor, la fe y la esperanza son las grandes virtudes teológicas y éstas son

---

<sup>7</sup> Es interesante notar que Pablo dice en Efesios 5.8 que el cristiano debe llenarse del Espíritu y lo opone a ser borracho. Una borrachera es básicamente la alteración del sistema nervioso por una sustancia ajena al cuerpo.

también fruto del Espíritu, se puede concluir que el Espíritu está ahí donde hay amor. Él es el gran combustible de esa llama de fe, el gran consolador por medio del cual hay esperanza. Él, el Espíritu, se mueve en la vida de los creyentes cada que ellos deciden usarlo.

Evidentemente, el Espíritu no es un artículo de uso personal. Es autónomo de la misma manera que Jesús no es un mero accesorio para lavar conciencias. No es un genio de la lámpara maravillosa que cumple los caprichos de quien lo posee. En algunas ocasiones incluso va contra los gustos y la comodidad del cristiano. Así le ocurre a Pablo cuando, movido por el Espíritu, va a Jerusalén donde sufriría persecución y cárcel. Incluso cuando el deseo parece recto, el Espíritu puede llamar a otra dirección: Pablo quería ir a una región a evangelizar pero el Espíritu, nos dice Hechos, le dice que vaya en otra dirección. Ir en otra dirección: he aquí otra tarea espiritual. Porque si *metanoia* es cambio de rumbo (“volverse a Dios” como traduce la versión *Dios habla hoy*, o sencillamente “arrepentirse”), es justamente el Espíritu quien ayuda a recuperar ese camino perdido. Por eso, ser espiritual no es otra cosa que la curación del hombre de esa enfermedad llamada pecado. Para serlo hay que estar cerca de la fuente, es decir de Dios. Y el gran auxiliador (“*Paracleto*”) es el Espíritu que el Maestro, según Juan, había ya prometido a sus discípulos en la última Pascua. Por eso no es un artículo de uso. Seguirlo asegura acercarse a la Luz verdadera porque seguirlo no es otra cosa que continuar con el camino que Jesús trazó en la Tierra.

*Todo lo necesario para la vida y la devoción*

Dios nos ha dado todo para nuestra devoción. Jesús es la causa eficiente de la salvación. En su nombre nos bautizamos y somos sellados con el Espíritu. Así de sencillo pero así de

---

Véase la segunda parte del libro de Douglas Jacoby, *El Espíritu*.

profundo también. El Nuevo Testamento enseña que los carismas vienen de un mismo Espíritu. Debemos esperar entonces que una iglesia esté llena de diversos dones porque una iglesia es la reunión de cristianos. *Algunos* pero no todos tenían en la iglesia de Corinto los dones de sanar, hablar en lenguas, administrar, dar ánimo. Todavía más: los apóstoles, profetas, maestros son ellos mismo dones de Dios a la iglesia. ¿Hay que buscar en todas las iglesias esos tipos de dones? No. Al contrario, como veremos más adelante, algunos incluso podrían haber cesado y sólo quedarían aquellos que si bien no son espectaculares, no dejan de ser espirituales.

El Espíritu nos ayuda en la vida diaria. Es mucho más que mera intelectualización pero también más que un show mediático. En medio del caos que era nuestra vida lejos de Dios, el Espíritu vuelve a ordenar todo nuestro ser, de dentro para fuera. En ese momento majestuoso que es el bautismo no sólo se vuelve a recrear la muerte y la resurrección de Jesús sino también el de la creación misma: en Cristo somos *nuevas* criaturas, las cosas viejas pasaron, se convirtieron en algo nuevo. Este es parte del *Kerygma* del siglo I. Y en ese *kerygma*, quizá más como hechos que como sermones, estaba el Espíritu presente. Es la acción poderosa del Espíritu la que inaugura la iglesia, cuando llega con lenguas de fuego y con verdadero esplendor a una comunidad de creyentes que se encontraba en oración. El texto no nos dice que ellos hayan pedido tal exhibición de fuerza, según Hechos, fue el mismo Dios quien decidió hacerlo.

Pero no es ese evento sin duda extraordinario el centro del mensaje cristiano. Ya en el mismo libro de los Hechos vemos al Espíritu que produce un impacto en la vida diaria de esos primeros cristianos. Pablo no deja ver niveles de cristianismo: uno nace de una vez y para siempre. Pedro, Juan, Santiago, Judas, todos los escritores neotestamentarios se enfocan más en la nueva vida caracterizada por el Espíritu y contrapuesta a la carne. De

esos hechos que sin duda podríamos llamar milagrosos no hacen sino referencias de paso. Nunca el poder majestuoso del Espíritu es usado para promocionar el mensaje. Pablo mismo reprende a los corintios por el mal uso que le dan al don de lenguas. Juan y Pedro (más el segundo, junto con Judas) oponen al falso conocimiento (¿reminiscencias de una batalla antignóstica?) al verdadero, al que viene de Jesús y del que el Espíritu da testimonio.

En fin, el Nuevo Testamento, e incluso el Antiguo, podría ser visto como el video del Espíritu Santo. Así pues, como fuerza divina dada a los creyentes, el Espíritu del que habla la Biblia es Santo en tanto que proviene del Santo de Santos. Y como dador de vida, el Espíritu santifica y ayuda a curar esa enfermedad que el ser humano no puede curar por sí mismo: el pecado. Por eso también el Espíritu es quien nos debe ayudar.

En la segunda parte exploraremos las diferentes posturas que tienen las iglesias cristianas (sobre todo protestantes) sobre la acción del Espíritu hoy. Veremos que algunos se enfocan en aquello de que todo lo que no está escrito está permitido y otros en lo contrario: si no viene en la Biblia no se puede concluir que sea permitido. Porque, como lo veremos, del mismo Espíritu y de los mismos textos podríamos concluir que el Pentecostés se puede repetir pero también que sólo fue un evento histórico particular imposible de replicar. La razón es simple: la Biblia no dice algo concreto y concluyente al respecto. Nosotros, como se verá, creemos que el Pentecostés ocurrió pero sólo una vez.

## **SEGUNDA PARTE**

*Un solo Espíritu, múltiples interpretaciones*<sup>8</sup>

Todos los cristianos coincidimos en que el Espíritu Santo es eso: santo, regalo de Dios a los seres humanos. Todos coincidimos que, siendo Dios mismo, no podemos limitar su poder con aproximaciones y pensamientos humanos. Dios es autónomo y, al ser omnipotente, tiene el derecho y la capacidad de hacer lo que quiera. Como dice Isaías: su poder no ha disminuido ni él se ha vuelto tan sordo como para no oírnos. Todos coincidimos en la necesidad de tener comunión con nuestro Padre y en que la Biblia es palabra revelada de Dios. El problema no está pues en la existencia o no del Espíritu, sino en cómo él actúa hoy en la iglesia y en la vida del ser humano. Así, toda la cristiandad podría decir con Pablo: “hay muchos dones, pero un mismo Espíritu quien los da”, sin embargo, el Espíritu en acción ha sido pretexto para dividir congregaciones enteras. No estamos diciendo que el Espíritu sea la causa sino que al Espíritu se apela humanamente para incluso dividir a los cristianos.

Vamos a dejar para otro momento los grupos católicos carismáticos que florecieron en el papado de Juan Pablo II pero que tienen también sus historia, principalmente en América Latina, África y algunas regiones asiáticas. Sólo diremos que ellos también comparten con los protestantes una postura “pneumática” o existencial de la acción del Espíritu. En este camino se ubican los exorcismos, limpias y cultos donde fantasmas y espiritualidad se confunden junto con creencias precristianas y ritos católicos medievales. En todo caso, hay que apuntar que el catolicismo también ha tenido su parte “carismática” dentro de sus feligreses.

---

<sup>8</sup> Para toda esta parte nos guiamos prácticamente por el interesante debate de Wayne A. Grudem, (ed), *¿Son vigentes los dones milagrosos? Cuatro puntos de vista*, Trad. Ismael López Medel, Clie, 2004. Iremos refiriendo a este texto en las siguientes páginas.

Una vez dicho esto, podríamos hacer una gran división entre el protestantismo: por una parte están los cesacionistas, quienes creen que los milagros y las manifestaciones casi físicas del Espíritu terminaron con la llegada del Canon bíblico y entonces hoy los cristianos no tenemos más que recurrir a la Biblia como fuente de revelación y al poder del Espíritu que actúa de manera discreta pero igualmente poderosa en la vida de cada cristiano. Este grupo no espera ver milagros, lenguas de fuego, glosolalia o alguna manifestación de este tipo en reuniones cristianas. Eso ha cesado, de ahí su nombre y quedó registrado como ejemplo histórico para edificación de los futuros cristianos.

Por otro lado tenemos a los pentecostales o carismáticos que creen que el Espíritu sigue operando con las mismas técnicas y formas que se registran en el Nuevo Testamento. Para ellos, el día del Pentecostés no sólo es parte de la historia sino también parte de la orden de la salvación: debe existir esa dotación de poder incluso física porque no hay ninguna Escritura que diga lo contrario. Por eso se puede (se debe) ver iglesias que sanan, que hablan en lenguas, que viven en medio de milagros y eventos que para el resto del ser humano son extraordinarios pero para los cristianos no son sino parte constituyente de su vida espiritual. La Biblia es tomada en serio, pero también aquellos que hablan en lenguas están capacitados para profetizar. Los carismas son dinámicos y tienen su función en la comunidad de creyentes. Todo cristiano debiera orar: “¡dame más de tu Espíritu!” y esperar una experiencia sobrecogedora donde incluso pierda control de su propia conciencia y voluntad. La época del Espíritu, dicen, es prometida para los últimos días y hoy sigue siendo parte de esos últimos días. Por eso, el creyente deberá tener por lo menos en algún momento de su vida, su propio Pentecostés.

Entre estas dos posturas podríamos enumerar otras dos más matizadas. La versión moderada de los cesacionistas y la llamada Tercera Ola que se diferencia de la visión

carismática en su visión sobre una segunda experiencia del Espíritu Santo. La versión cautelesa se caracteriza por enfatizar que la Biblia no da una definición clara al respecto y, por lo mismo, al menos hipotéticamente podrían ocurrir hechos extraordinarios. Sin embargo, también se reconoce que no todas las manifestaciones milagrosas deben provenir necesariamente de Dios<sup>9</sup>. Por su parte, la visión de la llamada Tercera Ola (o Neopentecostal) se caracteriza por tener una expectación del Espíritu Santo. No es que un cristiano tenga que ser bautizado en agua y luego recibir el Espíritu, más bien, ser bautizado en el Espíritu es una especie de metáfora: uno es cristiano desde el momento que decide hacer a Jesús su Señor. Sin embargo, pueden orar para que venga el Espíritu y de hecho puede llegar soberanamente en sus reuniones. Los neopentecostales también son, en este sentido, carismáticos pues creen que el Espíritu se manifiesta por señales milagrosas que incluyen el hablar en lenguas, sanaciones, profecías. Aunque parezca una sutileza, sí hay una diferencia con los carismáticos, por lo menos en su postura sobre la actividad del Espíritu en el creyente.

Vamos a repasar rápidamente algunas de las características de las dos puntos de vista más distanciados y trataremos de mostrar los matices de las otras dos posturas. No está de más decir que esto es una generalización y que habrá iglesias y grupos cristianos que difieran de la caracterización que haremos en la siguiente sección. Son los riesgos de las categorías.

*“¡Espíritu ven!” la postura carismática-pentecostal*

Para los carismáticos hay dos funciones del Espíritu en la vida del creyente. La primera es la de regenerar. La segunda es la de dar poder. Todos los cristianos, dicen algunos, han ya tenido la primera parte. Sin embargo, hay otra función del Espíritu, una segunda bendición

---

<sup>9</sup> Grudem (ed.), *op. cit.*, p. 101.

que es cuando el cristiano recibe poder. Para justificar esta creencia citan el ejemplo de los mismos apóstoles. Ellos habían sido ya salvados por creer y seguir a Jesús, sin embargo, el día del Pentecostés recibieron poder y carismas que antes no estaban presentes (Hechos 2). Así, todos los cristianos deberían orar para que, una vez salvos, reciban unción del Espíritu. En los extremos, algunos llegan a considerar que la salvación completa, al menos la consumación, se encuentra sólo cuando el creyente ha sido lleno del Espíritu y la Iglesia lo ha atestado. Dice un importante adherente a la postura carismática:

Como pentecostal, mi impresión es que nuestra pneumatología da cabida a una primera unción, y una segunda, tercera y cuarta unción, ¡y todas las que vengan! En otras palabras, ser lleno del Espíritu es algo tan característico de la vida cristiana como la santificación.<sup>10</sup>

Para ellos, escrituras como Hechos 4.31 (donde un grupo de cristianos vuelve a ser lleno del Espíritu), Efesios 5.18 (Pablo aconseja estar continuamente llenos del Espíritu) o 1 Cor. 12-14, (Pablo exhortando a hacer uso de sus carismas, pero con orden) enseñan que no hay duda en esta segunda “visita” del Espíritu en la vida del creyente.<sup>11</sup>

Si el Espíritu sigue teniendo la misma actuación que en el Nuevo Testamento, habría de esperar que él diera todos los dones. No hay distinción alguna, dicen, entre esos primeros cristianos y los cristianos de hoy: ambos tienen la misma promesa y el mismo Espíritu, por lo tanto, si ellos sanaron, nosotros también; si ellos hablaron en lenguas y profetizaron, nosotros también; si ellos sanaron, nosotros también; si ellos vieron lenguas de fuego, nosotros también podríamos. Puesto que no hay una indicación clara de que Dios haya decidido terminar con ellos, esa llegada con poder y milagros debe también observarse

---

<sup>10</sup> Douglas Oss, *op. cit.*, p. 241

<sup>11</sup> Para una interesante y breve exposición de la “teología del Espíritu” desde el punto de vista carismático, véase Oss, *op. cit.*, pp. 242-260. Básicamente se entiende al Antiguo Testamento como una promesa de lo que había de venir aunque también hay evidencia de la actuación carismática en escrituras como en Núm. 11.21-

en nuestros días y en todos los días que sigan hasta antes del juicio final. Porque no hay diferencia:

Dado que la Escritura revela claramente dos obras del Espíritu, es igualmente claro que no encontramos mandatos en contra de ninguna. Al contrario, la visión exclusiva de las Escrituras señala ambas como una bendición deseable [...] <sup>12</sup>

Así, hay que esperar que la proclamación del evangelio vaya acompañada de milagros. Es decir, no es que los milagros den autenticidad pero ciertamente dan poder y hacen que ese evangelio tenga una forma concreta en la vida de los creyentes. Las tres manifestaciones más problemáticas, las que más debate ocasionan son en primer lugar, el hablar en lenguas, en segundo la interpretación de las lenguas y en tercero la profecía. Una típica reunión pentecostal incluirá este tipo de actividades en sus ritos. Así, a los creyentes se les anima a orar por esos dones, a pedir y a esperar su llegada. Algunos quizá no saben que tienen esos carismas hasta que están preparados espiritualmente para recibirlos. Esta es otra interpretación de 1 Cor 3.16: si somos casa del Espíritu, habremos de esperar que Él more soberanamente en su residencia.

Es claro que hay pentecostales con diversos trasfondos socio-culturales y que el riesgo de las generalizaciones es caer en una falacia ecológica, en aquella por medio de la cual se evalúa un todo por la característica de un miembro. Pero lo cierto es que en estos grupos se han cometido abusos en cuanto a las manifestaciones espirituales. Algunos, para ganar más adeptos han incluso falseado su testimonio. La irracionalidad campea en muchas de estas congregaciones. Otros han convertidos sus cultos en verdaderos circos de la experiencia sobrenatural. Por ejemplo, la llamada “Bendición de Toronto” que afirma que

---

30. Ahí también hay una doble actuación del Espíritu. En el Nuevo Testamento, esa función regeneradora-carismática se cumple en toda su plenitud en la persona de Cristo.

<sup>12</sup> Oss, *op. cit.*, p. 260.

como la Biblia enseña que hay que estar siempre alegres (y el evangelio es ciertamente un anuncio de gozo), entonces el Espíritu también se puede manifestar por medio de la risa. Las reuniones se convierten así en fiestas de la risa hasta el punto de ver gente que cae literalmente ahogada por su propia risa. Para ellos es una bendición, para muchos de los que asisten es un espectáculo hilarante y sin sentido, donde el evangelio pasa a segundo término.

El papel que las escrituras juegan en el pentecostalismo ha sido, en la práctica, rebajado: se le da más importancia a la profecía o al milagro que a la Escritura. Esta es la razón por la que algunos han calificado a estos grupos de caóticos o de buscar más la experiencia que experimentar un verdadero cambio interior. Esto no equivale a degradarlos. Algunas críticas a ellos son injustas y ofensivas. Eso ocurre cuando se les llama “perdidos”, “satánicos”, “ignorantes”. Aunque es claro que muchos de sus miembros provienen de estratos sociales con una cultura de la superstición, también es cierto que hay académicos y teólogos que, aunque minoría, tratan de explicar la dinámica del pentecostalismo.

#### *El canon se cerró. La crítica cesacionista*

Frente a esta exaltación pneumática, la postura más ortodoxa y diríamos que histórica es la llamada cesacionista. El nombre proviene por el hecho de que esta postura mantiene que los dones de lenguas, milagros y profecía han cesado y que el poder del Espíritu está íntimamente unido, si no es que es igual, al de regeneración. Al ser bautizado bebimos todo del mismo Espíritu (1 Cor.12.13) y por lo tanto somos regenerados y dotados de poder. Pero no se entiende este poder como la capacidad de realizar milagros o eventos físicos sino como la cualidad de triunfar cada día contra el pecado. El bautizo es uno y una vez el recibimiento del Espíritu.

Esos hechos milagrosos que ocurren en el Nuevo Testamento tienen que ver más con una historia de la salvación que con un orden de la salvación. En otras palabras, Lucas no quiere dar patrones de comportamiento para las iglesias del futuro sino que su intención es narrar lo que en esos momentos históricos únicos ocurría. Y ocurría eso porque aún no existía un conjunto de textos donde se pudiera escudriñar la revelación divina. En el momento en que el Nuevo Testamento es definitivamente cerrado ya no hay razón para esas profecías pues de lo contrario habría una contradicción entre la revelación bíblica y la del creyente que dice profetizar. Así, la crítica cesacionista se enfoca en el papel que las Escrituras desempeñan en la Iglesia:

Según una formulación sana de la teología protestante ortodoxa, los cuatro atributos principales de las Escrituras son: autoridad, claridad (perspicuidad), necesidad y suficiencia. Estas “perfecciones” [...] son inseparables; si una es verdad, las otras también lo son, y si una estuviera en cuestión, las otras también [...]. Uno de los problemas que veo en el punto de vista [carismático-pentecostal] es que, mientras que afirma la autoridad de la Escritura, niega su suficiencia. O, para ser más justos, su punto de vista tiene un entendimiento inadecuado y demasiado restrictivo de su suficiencia.<sup>13</sup>

Y es que si el don de profecía sigue vigente, esto implicaría que las escrituras son susceptibles a extensiones, modificaciones, adecuaciones; es decir, las Escrituras son perfectibles. Pero afirmar esto es, como dice Gaffin, poner en duda la autoridad, claridad y necesidad de la Biblia. Desde el punto de vista protestante (el más histórico), esto es inaceptable.

No se niega que Dios pueda y de hecho obre milagros en nuestros días. Él lo puede hacer si quiere. Lo que se pone en tela de juicio es si un creyente puede tener la capacidad e

---

<sup>13</sup> Richard Gaffin Jr, en Grudem (ed.), *op. cit.*, p. 336.

incluso la especialidad de producir tales milagros. Si así fuera, ¿qué necesidad habría de experimentar esas señales? En el Nuevo Testamento, con los apóstoles vivos, el objetivo era demostrar la autenticidad del mensaje. Con la muerte de los apóstoles y la elaboración del canon se cierra una época histórica y no debemos esperar que se repita en parte porque los apóstoles (los doce) son insustituibles, en parte porque la fe viene de oír el mensaje. “Bienaventurados los que creen sin haber visto” le dice Jesús al incrédulo Tomás. En cualquier caso, la Biblia contiene la revelación completa de Dios, tanto en asuntos de orden salvíficos como de orden práctico y cotidiano. Precisamente, el Espíritu ayuda a tener tal discernimiento.

Un argumento más en contra de la visión carismática es que no todos los milagros y manifestaciones de poder son necesariamente señales de la presencia de Dios. Este argumento sin duda es el más peligroso pues podría ofender la sensibilidad de aquellos que creen que, en efecto, han sido ungidos por el Espíritu Santo. ¿Cómo convencer a alguien de que lo que pasó no es necesariamente una revelación divina? Percepción es realidad, según reza cierto postulado filosófico. Sin embargo, y esto ya no está en el orden teológico pero sí en el psicológico y cognitivo, los sentidos humanos no son los más confiables para afirmar una realidad. Desde esquizofrenias hasta ilusiones ópticas pasando por manipulaciones e inducciones mentales, el ser humano debe auxiliarse no sólo de su estómago sino también de su razón para afirmar que algo existe. Claro que en este punto los carismáticos nos acusarán de positivistas, pero Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre: es decir, se cree pero también existió. No decimos: “creemos” que existió; decimos: *sabemos* que existió. Hoy pocos apologistas (y críticos) argumentarían solo desde la fe. En todo caso, hay que recordar que la misma Escritura apunta hechos que en un principio pudieron ser imputables a Dios pero al final no lo eran: el caso de los hijos de Esceva, el caso de los corintios que

maldecían cuando hablaban en lenguas, y el caso de uno de los nombres del diablo: engañador. Con esto, hay que enfatizarlo, no se pretende decir que todas las manifestaciones milagrosas sean diabólicas, lo único que hay que tomar en cuenta es que no todos los que dicen Señor, Señor están sellados por el Espíritu.

Un argumento que algunos utilizan para cuestionar el don de lenguas es que Jesús no habló en ellas. Si Jesús mismo no las utilizó, no hay por qué enfocarse en ellas. Es cierto, pero hay que recordar que las lenguas son, incluso desde el Nuevo Testamento, una forma de comunicación con Dios y es parte de la obra del Espíritu. Es evidente que Jesús no oró en lenguas porque él no lo necesitaba al ser el Señor. Lo que es cierto es que las lenguas no son parte integrante del evangelio ni la esencia del mensaje cristiano. No hay en ninguno de los cuatro evangelios una indicación que nos haga pensar que Jesús animara a sus discípulos a hablar en lenguas extrañas. Al contrario: al enviarlos a predicar el mensaje, Jesús les dice que él estará todos los días. No promete que la glosolalia sea parte de ese estar con la Iglesia. Pablo mismo dice en 1 Corintios 13 que el don de profecía y el hablar en lenguas van a pasar y subordina esos dones al máximo que es el del amor. Pablo no dice cuándo van a terminar pero sí indica que esas señales no sirven si se pierde el verdadero sentido evangélico, que es el amor junto a la fe y a la esperanza.

La postura cesacionista tiene el peligro, común a todos los puntos de vista teológicos, de concentrar sus críticas a los excesos de los carismáticos y de lanzar duros cuestionamientos por la conducta que en el pasado se haya atestiguado. En este sentido, uno de los peligros más devastadores para los cristianos es contra la unidad de la Iglesia; es decir, rebasando lo escrito (en la Biblia) los cesacionistas pueden llegar a despreciar a otros cristianos y dividir. Esto ha pasado en incontables ocasiones a lo largo de la historia y se sigue registrando quizá en este mismo momento. Por supuesto que no hay que callar, que

hay que recordar que una de las herencias de la reforma protestante es el redescubrimiento de las escrituras, pero tampoco hay que llegar a un exceso de intelectualismo o de introspección supuestamente espiritual para terminar dividiendo al cuerpo. En todo caso, hay que recordar que el mismo Pablo decía que para unir, para propagar el evangelio prefería orar en lenguas en privado y no en público porque, decía esto es más edificante para los hermanos. Esta es la postura más bíblica no sólo en este tema sino en cualquier otro que tenga un impacto directo sobre la fe de otros.

*Autonomía, libertad, y respeto*

Si es cierto que el amor es la primera virtud teológica, habríamos de pedirle a Dios que el Espíritu Santo nos ayude a experimentarlo. Dios es amor, dice Juan. En su infinito amor, Dios puede actuar autónomamente e incluso violar todo razonamiento y expectativa humana. De hecho Él lo hace. ¿Cuántas historias de vidas desahuciadas que ahora viven en plenitud hemos escuchado a lo largo de nuestro cristianismo? ¡Ese sigue siendo el poder de Dios en la vida diaria! Y lo mismo se puede decir de los milagros y otros eventos extraordinarios. Aunque nuestras mentes modernas no alcancen a entenderlos, aunque les llamemos de otra forma para no herir a nuestros contemporáneos, aunque no lo creamos, Dios puede hacer todo lo que nosotros ni siquiera imaginamos.

También es cierto que nosotros creemos que el Biblia es la revelación completa de Dios a los hombres. A diferencia de los ortodoxos y la autoridad que tienen los Concilios o de los católicos y la autoridad que tiene el Magisterio, nosotros nos concretamos a interpretar la Escritura porque sabemos que tienen “autoridad, claridad, necesidad y suficiencia”. Si la profecía viene de Dios, debe ser perfecta. En esto no hay puntos intermedios. Por eso desconfiamos de los profetas de las iglesias carismáticas: o son profecías de Dios y entonces la Biblia no tiene ya claridad y suficiencia; o no son profecías

directamente dadas por Dios pues no habría razón de que Él se sirviera hoy de instrumentos falibles como los humanos. No funciona aquí la explicación de la falla técnica. Le llamo “falla técnica” a aquello de que el receptor tiene fallas para entender lo que envía el emisor. Incluso se llega a practicar una suerte de entrenamiento para ser antenas eficientes que capten la señal de radio-cielo. Creemos que Dios nos dota del Espíritu y que él nos ayuda para entender desde eventos extraordinarios, metafísicos y celestiales hasta los aparentemente de menor caché (ir a un lugar, decir la verdad siempre, ser honrados). Si no fuera así no seríamos bautizados en el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En todo caso debemos tener siempre en cuenta la conciencia de nuestros hermanos. Esto es la gran respuesta que Pablo da a las divisiones y críticas (¿discriminaciones?) en la problemática iglesia de Corinto: usen su libertad para no dañar la conciencia del prójimo. Y Santiago nos dice que si nos creemos sabios, lo demostremos. Leamos este pasaje:

Si entre ustedes hay alguno sabio y entendido, que lo demuestre con su buena conducta, con la humildad que su sabiduría le da. Pero si ustedes dejan que la envidia les amargue el corazón, y hacen las cosas por rivalidad, entonces no tienen de qué enorgullecerse y están faltando a la verdad. Porque esta sabiduría no es la que viene de Dios, sino que es sabiduría de este mundo, de la mente humana y del diablo mismo (Santiago 3.13-14)

En otras palabras, incluso si los cesacionistas estuviéramos en un error, debemos demostrar que la otra postura es de Dios al mantener la paz. De lo contrario, cualquier postura que provoque envidias, amarguras y rivalidad viene del diablo. ¿Se vale que en una iglesia donde no se cree en los dones milagrosos tal y como lo entienden los carismáticos se critiquen a los que sí creen? ¿Es válido que los hermanos que sí creen en esas manifestaciones subestimen el poder del Espíritu en su acción regeneradora y dividan a la Iglesia viendo como de segunda categoría a los cristianos que creemos en esto pero no en lo

otro? ¡No! Ninguna de las dos visiones son espirituales. La diversidad de dones nos permite entender que lo más importante es quien los regala: el mismo Espíritu. Por eso nadie espere que en una misma iglesia se fomenten prácticas ajenas a sus propios credos. Porque esos credos no son otra cosa que la interpretación que esa iglesia tiene del texto bíblico. Lo mismo aplica para el miembro cesacionista que está en una iglesia pentecostal. Hay que poner siempre en primer plano el respeto al prójimo y orar para que el Espíritu nos de discernimiento en un tema que seguramente se resolverá hasta el día final. Dice Pablo

El que no es espiritual no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son tonterías. Y tampoco las puede entender, porque son cosas que tienen que juzgarse espiritualmente. Pero aquel que tiene el Espíritu puede juzgar todas las cosas, y nadie lo puede juzgar a él. Pues la Escritura dice: “¿Quién conoce la mente del Señor? ¿Quién podrá instruirle? Sin embargo, nosotros tenemos la mente de Cristo (1 Cor. 2.14-16)

Pues hay que utilizar esa mente de Cristo, ser verdaderamente espirituales y buscar la edificación entre cristianos. Hay que respetar su conciencia sin renunciar a nuestras propios argumentos. El diálogo entre estos dos modos de vivir lo espiritual parecen destinados en terminar en un callejón sin salida y si somos realmente honestos habremos de reconocer que en estos días ningún bando tiene herramientas hermenéuticas, teológicas o incluso ontológicas para terminar el debate. No es que los dos tengan la razón pues decir esto es decir una falacia, sino que quizá haya un puente que los comunique que hasta ahora no ha sido revelado. O quizá no existe, pero meterse en estos asuntos nos impedirá vivir un cristianismo gozoso y, peor, impedirá que se propague el evangelio.

Por supuesto que los creemos en el cese de los dones milagrosos creemos que la nuestra es la teología correcta. Pero los pentecostales creen lo mismo de su propio modus operandi. Así que lo mejor desde un punto de vista de la praxis y la unidad cristiana es

enfocarse en lo que nos une, en lo esencialmente cristiano y en las señales básicas que debe tener todo discípulo de Jesús. Lo demás es accesorio, importante pero no determinante en la salvación. Porque los cristianos somos salvos por tener fe en Jesús, Cristo y Señor. Su sacrificio y exaltación son garantía de esa fe. Y puesto que Jesús nunca subordinó la redención a los milagros, podemos caminar en paz si realmente vivimos confiados en nuestra salvación y en nuestro Señor.

### *Conclusión*

Al hablar del Espíritu, Kart Barth dice:

Espíritu es la decisión eterna, tomada en Dios a favor del hombre, tomada en el hombre a favor de Dios. Porque Espíritu Significa pertenecer a Cristo.<sup>14</sup>

Nosotros, los cristianos, podemos afirmar (parece una osadía) “somos hijos de Dios” porque nos hacemos uno con Cristo. En este sentido, el Espíritu también es una primicia, un anticipo de lo que está por venir.

Salvo que ocurra algo extraordinario, el Espíritu no suplanta nuestra voluntad. Más bien nos ayuda a alinearla con Dios. No toma nunca el control del volante pero sí nos asiste todo el tiempo que lo queramos. Somos su templo, nos da nueva vida, nos ayuda a orar: el Espíritu es acción, es vida, es el mismo Dios que está en nosotros y con nosotros.

Un autor dice:

[...] la verdad del evangelio no se trata tan sólo de un conjunto de ideas, sino de un símbolo, una historia y una praxis. Tal y como Pablo lo pone, el reino de Dios no es un asunto de hablar, sino de puro poder. [...] El Evangelio de Dios, tanto hoy como mañana, como en tiempos de Pablo, no es algo dado para analizarlo, entenderlo, guardarlo en

---

<sup>14</sup> Barth, *op. cit.* p. 348.

nuestro conocimiento, y punto. Se debe convertir en algo que nos corra por las venas, siguiendo el ejemplo de Jesús.<sup>15</sup>

De acuerdo. Esa pasión, ese celo viene dado por Dios. No es algo que podamos conseguir con nuestras fuerzas. El Espíritu es también el recordatorio de nuestra imposibilidad para sanarnos del pecado. Sólo Jesús salva, y sólo el Espíritu nos capacita para vivir a la manera que Jesús nos enseña. Y Él prometió que estaría todo el tiempo con sus discípulos. La manera en que se encuentra presente es por medio de la Iglesia, es decir, de la comunidad de los que creen en Cristo. Lo que da vida a esa Iglesia es el Espíritu que vive en nosotros y nosotros en Él. Sólo cuando entendemos esto podemos gritar “¡sigue viniendo Espíritu!” o mejor “¡Marantha, Señor ven pronto!”.

---

<sup>15</sup> N.T. Wright, *El verdadero pensamiento de Pablo*, Trad, Dorcas González, Clié, p. 175